C

OMUNIÓN

En la Iglesia el concepto ‘comunión’ se usa para referirse a la relación filial de los creyentes con Dios Abba, de la que nace una relación fraterna entre sí. ‘Comunión’ traduce el concepto ‘koinoia’ del griego del Nuevo Testamento, que significa tanto “comunión” como “participación” y “relación”. Se trata, por tanto, del núcleo esencial del ser cristiano. En cuanto hijos del mismo Padre, en cuanto miembros de su misma familia, somos “ser-comunión” con Dios y con nuestros hermanos. La comunión, por tanto, no es uniformidad. Nace de Dios mismo y supone reciprocidad, participación, corresponsabilidad y unidad en la diversidad[[1]](#footnote-1), como en una familia.

Por tanto, la ‘comunión’ es una realidad antropológica. Es indudable que toda persona, desde el mismo momento en que es engendrado, es un-ser-en-relación. Nos necesitamos los unos a los otros. El otro me hace existir[[2]](#footnote-2). Lo que propone nuestra experiencia cristiana es que la persona humana se realiza en la medida en que convierte ese ser-en-relación en una relación de comunión fraterna. Desde su relación con el Dios de Jesús, la persona entra en una nueva forma de relación con la naturaleza, con los demás y con él mismo, la comunión, que le multiplica y le potencia. En este sentido, cerrarse a la comunión es elegir despersonalizarse, elegir el ‘no-ser’.

Esta realidad tiene una evidente consecuencia eclesial, lo que el Vaticano II llamó *Iglesia-comunión*. En la *Iglesia/comunión* los estados de vida, las vocaciones nacidas de la relación personal con Dios, no son comprendidas como realidades aisladas en sí mismas. En cuanto la Iglesia es símbolo del Reino de Dios, ella misma es comunión fraterna. Por tanto, las vocaciones personales sólo encuentran sentido relacionadas íntimamente entre sí: están ordenadas unas a otras. Todas ellas viven la igual dignidad cristiana y la universal vocación a la santidad, y, a la vez, son modalidades diversas y complementarias de esta común llamada. Así, cada una de ellas tiene su original e inconfundible fisionomía, y al mismo tiempo, cada una de ellas está en relación con las otras y a su servicio… Todos los estados de vida forman el “misterio de comunión” de la Iglesia y se coordinan dinámicamente en su única misión[[3]](#footnote-3).

Los documentos del Instituto marista recogen esta dinámica teológica y eclesial del concepto *comunión*:

* por un lado, su base teológica: la comunión trinitaria divina, fuente de toda comunión[[4]](#footnote-4) y la unión del ser humano con ese Dios trino[[5]](#footnote-5);
* por otra, la comunión fraterna nacida de esa unión: la comunión con la Iglesia[[6]](#footnote-6), con el Instituto[[7]](#footnote-7) y entre quienes participan del carisma marista en distintos estados de vida[[8]](#footnote-8).

Estos mismos documentos señalan que, entre nosotros, la comunión se expresa como espíritu de familia. En este espíritu se vive la complementariedad de vocaciones y la búsqueda conjunta de una mayor vitalidad del carisma (cfr. XXI CG). Vivir con otros el carisma marista es vivir una experiencia de comunión. Vivir hoy el espíritu de familia significa abrirse, como en círculos concéntricos, a todas las personas que comparten el espíritu marista. Por eso se dice abiertamente que el futuro del carisma es un futuro de comunión en el espíritu de Champagnat (cfr. XXI CG). La comunión marista significa caer en la cuenta de vivir una misma experiencia básica, la de haber sido atrapados por Dios en el seguimiento de Jesús, en el espíritu de Champagnat. Significa formar el rostro de una iglesia mariana, de una iglesia familia, de una iglesia del delantal, en medio del mundo.

Actualmente están surgiendo en muchas provincias *nuevas estructuras* en las que se visibiliza esta comunión en el carisma marista, principalmente en espacios de misión[[9]](#footnote-9). La corresponsabilidad en la misión ha dado impulso a asambleas, capítulos, comisiones y equipos provinciales donde laicos y hermanos trabajan codo a codo. En otros lugares, se han creado estructuras donde se comparte la gestión y animación provincial (cfr. EMM 95).

Pero la comunión va más allá de la misión, porque nace y se nutre de la espiritualidad. Por ello, también surgen, como expresión e impulso a la comunión, retiros de laicos y hermanos y experiencias de formación conjunta y vitalidad carismática (cfr. EMM 102), en la que el centro ya no es sólo la misión, sino compartir la misma fuente de la comunión, la experiencia viva de Dios en la vida de cada uno. Y de este camino de familia, de comunión, surgirán nuevas formas de relación, cada vez más profundas, entre nosotros, maristas, que exigirán, a su vez, nuevas estructuras que acojan e impulsen la vitalidad nacida del Espíritu (cfr. EMM 99).

1. Cfr. Macario Díez Presa en Dizionario Teologico della vita consacrata, Ed. Ancora, Milano. [↑](#footnote-ref-1)
2. Cfr. Guía de la formación, Léxico: Persona humana. [↑](#footnote-ref-2)
3. cf. Christifideles Laici 55. [↑](#footnote-ref-3)
4. “Dios nos ha revelado que su corazón es comunión en la pluralidad: es uno y trino; es amor, amante y amado, una fuerza amorosa siempre amando. Hijos de ese Dios, anhelamos salir de nosotros mismos para ir al encuentro de los demás y vivir la dinámica del mismo ser de Dios”. (EMM65) [↑](#footnote-ref-4)
5. “Los encuentros entre laicos y hermanos son un espacio privilegiado para conocerse mejor, aceptarse y vivir en la comunión de Dios, que envía a hacer presente el carisma de Marcelino en el mundo” (cfr. EMM 98). [↑](#footnote-ref-5)
6. “Dentro de esta comunión eclesial, el Espíritu ha hecho brotar, entre los laicos, carismas que nacieron, en origen, en institutos religiosos. El don del carisma compartido inaugura *un nuevo capítulo, rico de esperanzas* en el camino de la Iglesia. El carisma de san Marcelino Champagnat se expresa en nuevas formas de vida marista. Una de ellas es la del laicado marista”. EMM 7 y EMM 82. [↑](#footnote-ref-6)
7. EMM124 [↑](#footnote-ref-7)
8. Horizonte del XXI CG. EMM 139. [↑](#footnote-ref-8)
9. EMM 94. [↑](#footnote-ref-9)